

fica, erudicion vastísima, ingenio grande para penetrar las cuestiones, inteligencia poderosa para resolverlas, belleza de estilo y sonoridad del lenguaje español, se prueba con la razon y los hechos, que los adelantos de la civilizacion europea no se han conseguido por el protestantismo, sino á pesar del protestantismo.—¿Quiénes son esos hombres?—Aguardad.

El genio de la civilizacion anunciada se presenta de nuevo, empieza por decir verdades amargas á un partido caido para que vea son mas sinceros sus futuros elogios (1); le da consejos, cuya bondad es reconocida, y los acepta, y suscribe á sus palabras; piensa como él, siente lo que él, quiere lo que él. Su poder tambien alcanza al partido vencedor, le habla con dignidad de sus faltas, medita sobre sus teorías, le advierte sus defectos, le aconseja reformas, y este partido se cree, tal vez á su pesar, en la precision de hacerlas.—¿Quiénes son esos hombres?— Esperad, que aun hay mas. ¿Temais que el *sensualismo* de Condillac, la teoría de la *razon pura* de Kant, el sistema del *yo* de Fichte, el *panteísmo* de Schelling, el sistema del *consentimiento comun* de Lamennais, el *eclecticismo* de Cousin hiciesen progresos en nuestras escuelas? No temais, que en España hay un sistema filosófico elemental y trascendental, donde los niños y los hombres pueden beber en abundancia una *filosofía cristiana* (2).—¿Quiénes son esos hombres que en diez años han modificado así la ciencia social, política, religiosa y filosófica? ¿cómo se nombran?—Oid. “Hace ya mas de un siglo que no llamaba la atencion del mundo científico ningun hombre que por la influencia de sus escritos agitara los ánimos ó los calmara, atacara las creencias religiosas ó las robusteciera.” Aparecieron Voltaire y Rousseau, genios destructores: vinieron despues Chateaubriand y Lamennais, genios del bien. La Francia habia producido el mal, de ella vino tambien el remedio. La España ha debido mas á Dios. No tuvo genio del mal y tuvo el del bien, que fué mayor que los de la Francia y que con su inmensidad llenó el mundo.

Este bien lo debemos, no á varios hombres, sino á uno solo.—Es un jóven sacerdote, de talento inmenso, de poderosa inteligencia, de imaginacion ardiente, de vasta erudicion, que domina los principios generales de las ciencias y sabe hacer de ellas las mas oportunas aplicaciones, que posee todos los estilos, que habla de modo que todos le entienden, que posee todas las dotes que caracterizan á un escritor eminente, y enseña deleitando; y que es ademas un hombre de un carácter dulce, afable, angelical, es el tipo de las virtudes sociales y de familia, es, en fin, la personificación del justo, y cuyo nombre era, porque ya no es, JAIMÉ BALMES.—Benito García de los Santos.

(1) El Pensamiento de la Nacion, periódico religioso, filosófico, político y literario, redactado por Balmes.

(2) La Filosofia elemental.

## LA CIVILIZACION.

### Artículo Primero.

¿QUE es la civilizacion? ¿Hállase todavía fijado con la debida exactitud el sentido de esa palabra, tan invocada por los gobiernos, orgullo de tantos pueblos, objeto de tanto ecstámen, fecundo tema de tan fastidiosas declamaciones? Decir que no, casi tendria visos de paradoja, y sin embargo, nada hay mas cierto. Observad la palabra en su uso mas comun, tal como se la emplea en las conversaciones cultas, y solo encontrareis un sentido indeterminado, vago, fluctuante, que se modifica de mil maneras, á merced de las opiniones, de los sentimientos, de los intereses, de los caprichos, y de todo linaje de circunstancias: abrid los publicistas, y la acepcion de la palabra es tan diferente, como lo son las escuelas á que pertenecen: para estos la civilizacion es el orden; para aquellos la libertad; para unos ocupa el primer lugar el esplendor de las ciencias, y el brillo de las bellas artes; para otros la prosperidad de la agricultura, el desarrollo de la industria, la estension y actividad del comercio; quien se deja deslumbrar por la luajosa ostentacion del poderío de los gobiernos; quien se entusiasma á la vista de pueblos valientes y emprendedores, ufanos de sus conquistas y radiantes de gloria.

Sin embargo, y á pesar de tanta divergencia, descúbrense en el fondo una idea capital, que si bien cada uno la entiende y aplica á su modo, como que es abstracta y vaga, no deja, empero, de ser do-

minante siempre, y de acompañar la palabra en todas sus acepciones: esta idea es la *perfección de la sociedad*. Por manera que en esta parte no hay discordancia alguna, y toda la dificultad queda cifrada en definir, en qué consiste esa perfección de la sociedad: cuestión grave, profunda, difícil en extremo, y que lejos de haber sido agotada por el célebre publicista que se propuso describir la civilización, echando el resto á todos los recursos del talento y de la elocuencia, ha adquirido todavía más grandor, se presenta más oscura y complicada; porque hombres superiores como Guizot, cuando venían una cuestión y no la resuelven, la estenden y enmarañan.

“*El desenvolvimiento de la actividad social y el de la vida particular;*” he aquí, según Guizot, las dos condiciones esenciales de la civilización, los dos caracteres con que se manifiesta; pero ¿en qué consiste ese desenvolvimiento? ¿Le hay de varias clases? y en tal caso, ¿son todos igualmente buenos? ¿Dónde está el bien? ¿Dónde el mal? ¿Dónde lo mejor? ¿Dónde lo peor? He aquí las cuestiones que se ofrecen desde luego al oír la palabra desenvolvimiento; he aquí los puntos que debiera dilucidar Guizot, y que sin embargo, deja intactos. La sociedad entraña verdades, éstas pueden ser objeto de la observación y del estudio, y de consiguiente, no es problemática la existencia de las ciencias sociales; pero si los estudios sobre la sociedad han de dar por fruto la ciencia, es necesario fijar el sentido de las palabras; sin este preliminar, no se dará jamás un paso adelante.

¿Qué significan las palabras de *actividad, movimiento, desarrollo del espíritu humano*, aceptadas ya como signo infalible de civilización? Eesaminadas á fondo, se descubre que son moneda falsa, que contiene bastante metal precioso; pero que está muy distante de llegar á buena ley. Antes de apelar á raciocinios, echemos mano del concluyente testimonio de los hechos: Desarrollo del espíritu humano había en Grecia en los tiempos que precedieron de poco el imperio de Alejandro: el espíritu se había levantado á grande altura, y la sociedad estaba llena de un movimiento que parecía indicar sobreabundancia de salud y de vida. Sin embargo, aquellos pueblos no marchaban á la civilización, porque en la realidad avanzaba de un modo espantoso la cangrena, la disolución social. ¿Creeis que ceságeramos? Pues dejad que pasen poquísimos años, y esa Grecia tan bella, tan brillante, tan activa, tan bulliciosa, la vereis postrada con el mayor desaliento, ora bajo la desdeñosa protección de Filipo, luego bajo la coyunda de Alejandro y de sus sucesores, hasta que aplastada bajo la mano poderosa de Roma, es reducida á polvo y desaparece. Desarrollo individual y social ha-

bia en Roma cuando contaba en su seno hombres como Ciceron y César; y sin embargo, aquella sociedad no marchaba á la civilización, sino á la muerte. Lució para ella el bello siglo de Augusto, claridad fugaz á la vispera de noche tenebrosa, fatídica sonrisa en los labios de un moribundo; pero con todo, su desarrollo y movimiento caminaba á pasos agigantados al amargo destino que le estaba reservado en un cercano porvenir: iba á postrarse á las plantas de los Calígulas y Neronés, iba á perder hasta el recuerdo de sus glorias, iba á olvidar el sentimiento de su dignidad, iba á ser presa de la ignorancia y de la corrupción, iba á ser la bota y el escarnio de los bárbaros del Norte.

Bastantes son de seguro los ejemplos que acabamos de citar, para que se vea cuán vago, cuán ambiguo es el sentido de ciertas palabras, que se emplean tan á menudo en semejantes materias; deduciéndose además, cuán engañosas son algunas señales que se suelen tomar como indicio infalible de adelanto social, de verdadera civilización. Y sin embargo, esas palabras circulan como claras y determinadas, y esas señales se reconocen como incapaces de inducir á error, y para enseñar á los pueblos el camino de la civilización, solo se les dice: *móveos*, sin decirles *cómo*; *marchad*, sin decirles *á dónde*. Y los pueblos se mueven y marchan; pero adelantando muy poco, menos de lo que parece creible, porque su movimiento es convulsivo, y su marcha circular. Fijad la vista sobre ellos, y ora atendais á las formas políticas, ora á la organización social, los hallareis dudosos, vacilantes, deshaciendo hoy lo que hicieron ayer, restaurando mañana lo que destruyeron hoy.

En Francia, después de los arebatos democráticos de la Asamblea constituyente, y de los horrores de la Convención, tomaron las ideas políticas un rumbo opuesto, y solo se suspiraba por un poder fuerte, la monarquía. Pasa el Imperio, llega la Restauración, y desde luego vuelve á despertarse el espíritu democrático que se agita inquieto, hasta que logra deshacerse de los príncipes de la primera rama y reformar la Carta. Sube al trono Luis Felipe, y en el corazón de la *monarquía republicana*, germinan por do quiera ideas conservadoras, y lejos de crecer en ascendente las teorías democráticas, menguan rápidamente. No resuenan á la orilla del Rhin las armas de la *Santa Alianza*, amenazando la revolución de Julio; pero la revolución devora en secreto un temor más humillante, un pesar más profundo; el genio de la democracia francesa, débil en lo interior, va perdiendo en lo exterior su influencia propagandista: diríase que se ha eclipsado su estrella, cuando vemos que en el campo de la ciencia ¡quién lo dijera á Mably y á Mirabeau!

que en el mismo campo de la ciencia, la retan con orgullo los adelidos de la escuela de Berlin. ¿De dónde tanta variedad? ¿De dónde tanta incertidumbre?

Desparramad la vista por otros países y hallareis por do quiera fenómenos semejantes. En Alemania el espíritu democrático lucha de continuo con el realismo prusiano, y las miras conservadoras de Metternich; y en Inglaterra, en ese país que por su civilización anómala, y su movimiento escéntrico, debiera al parecer sentirse menos de la oscilación política de Europa, obsérvese la misma variedad, la misma incertidumbre. Con lo que se llama el espíritu del siglo, y con el aliento de la revolución de Julio, la preponderancia definitiva de los Wigs no debía parecer cosa dudosa, y sin embargo, vemos que en 1841, levantan todavía los Tories erguida frente, desafían á sus adversarios en las urnas electorales, y consiguen un señalado triunfo; y los observadores tomarán acta de la presente lucha electoral para inferir, que la influencia y las fuerzas de los partidos, están aprosimadamente en equilibrio.

No tratamos ahora de calificar las tendencias políticas de la Francia, no simpatizamos con las ideas de los estudiantes de Alemania, ni con la centralización despótica de los perseguidores del catolicismo en Prusia, ni con la aristocracia inglesa, sostén del caduco protestantismo y opresora de Irlanda; pero consignamos los hechos para demostrar que en política, la Europa no adelanta, sino que fluctúa, que su situación es precaria, que los partidos son insuficientes, que las escuelas son estériles, que el porvenir es incierto, que hay hondos vacíos que llenar, inmensos problemas que resolver. ¿Qué importa el orgullo de esta ó de aquella escuela, proclamando que ella ha dado en el blanco, que ella ha encontrado la solución? ¿Qué importa que los pueblos incautos le den oídos, y le encomienden el gobierno, y la coloquen en el trono como los tebanos á Edipo, después de haber descifrado el enigma del Esfinge? ¡Desgraciados! Ellos no saben que en pos viene el incesto de Iocasta, y la cólera de los Dioses, y la mortandad de Tebas.

Y ¿qué es lo que adelantamos en la parte social? con tanta ciencia, tanta investigación, tantos proyectos, tanto ruido, ¿qué mejoras se palpan? Los dos grandes gérmenes de toda organización social, la educación y la instrucción, ¿en qué estado se hallan? ¿Qué fecundidad muestran? ¿Qué frutos producen? ¡Eh! Vosotros, ilusos, que al solo nombre de Francia y de Inglaterra, os inclináis respetuosamente, creyendo haber oído nombres sinónimos de civilización y de sabiduría sobrehumana, ¿pensáis acaso que la educación y la instrucción están en aquellos países organizadas de manera,

que ofrezcan un resultado muy halagüeño? Echad, pues, la vista en esos estados comparativos de la instrucción y del crimen, y la sangre se os helará en las venas, y os asaltarán dudas terribles sobre el porvenir de la civilización, sobre la suerte de la humanidad. Qué, ¿dudáis? Día vendrá, cuando lo consienta el orden de nuestros trabajos, en que os convenceremos con guarismos, y entonces caerá de vuestros ojos la venda; las ilusiones halagüeñas desaparecerán en presencia de una realidad espantosa, y os convenceréis de lo que marcha la humanidad, de lo que adelanta la civilización, con el empeño de llenar con palabras vanas, con teorías brillantes, con disposiciones del gobierno, lo que el catolicismo llena con dogmas augustos, con moral pura, con instituciones sublimes.

En este punto sin duda no faltará quien nos cite los sistemas de Alemania, y en particular de Prusia: á este propósito solo diremos dos palabras. Un observador profundo, M. Bonald, hablando de la constitución política de Prusia, dijo: "Cuando la constitución de un Estado es un enigma, su porvenir es un problema;" pues bien, y suponiendo que no ignorais la abstracción misteriosa en que divaga la ciencia alemana, os diremos, que cuando la *ciencia en un país es un enigma, la educación y la instrucción han de ser un caos*. Esta sola reflexión basta á desvanecer las ilusiones producidas por un orden postizo, y una regularidad aparente. Pero ¿á qué tanta impaciencia para aplaudir sistemas que no han pasado todavía por el crisol del tiempo? ¿Tan fácilmente olvidamos que un día viene á disipar las ilusiones de otro día, y que el porvenir, preñado de crueles realidades, desmiente á cada paso nuestros menagados pronósticos, burlando las mas fundadas esperanzas?

Un mayor grado de bienestar en las clases mas numerosas, ó mejor diríamos, una menor suma de miseria y padecimientos, es otro de los puntos en que deseáramos que se nos mostrase el adelanto que hace en la actualidad nuestra civilización. ¿Cosa notable! Cabelmente en los dos pueblos que se dice que marchan á la cabeza de ella, la Francia y la Inglaterra, es donde cunde de un modo horroroso la miseria entre las clases proletarias. Hecho es este no bastante advertido; pero que tambien haremos sentir un día con el argumento de los guarismos: entretanto, lo consignamos aquí para preguntar ¿qué significa la civilización, cuando el mayor número sufre de un modo espantoso? ¿Qué doctrinas, qué instituciones son estas que habeis sustituido á las doctrinas é instituciones católicas y que dan un resultado tan triste, tan doloroso, tan alarmante?

Lo hemos dicho y lo repetiremos: el *movimiento es converensivo, y la marcha circular*; y no porque no haya en la civilización en-

ropea un precioso caudal de grandor y de belleza, no porque no haya elementos de vida, no porque falte impulso para avanzar con paso firme y en direccion certera: pero sí porque el funesto dejo de tantas y tan profundas revoluciones, no se cura con teorías y orgullo; pero sí porque faltan principios regularizadores del movimiento; pero sí porque falta fijar el punto á donde la sociedad debe encaminarse, porque falta un norte que la dirija en el borrascoso viaje. Decís al hombre: aprende, y no le enseñáis; goza, y nada le ofrecéis; abstente, y le estimuláis; respeta la justicia, y le dáis por norma su interés privado; seas benéfico, y le dejais perecer de hambre; respeta nuestros títulos, y vosotros no habeis respetado los de los otros; no te entregues á la disolucion y al libertinage, y habeis roto todos los frenos; no seas turbulento, y habeis quebrantado todos los diques; respeta los poderes existentes, y le hablais así desde un trono levantado sobre las ruinas de los poderes que vosotros habeis destruido; y cuando os pide educacion, ensenanza, amparo, pan, le arrojaís un pedazo de papel, donde habeis escrito con pomposos caracteres: *ilustracion, libertad.*

No escribimos estas líneas complaciéndonos en destruir esperanzas, ni en derramar la amargura en los corazones; no hablamos contra la civilizacion europea, sino que la admiramos; mas añadiremos todavía, estamos en la profunda conviccion de que las civilizaciones griega y romana, nada son, comparadas con la nuestra. Solo nos lamentamos de que se la estravie, queriendo dirigirla; de que se la detenga, queriendo impulsarla; solo nos lamentamos de que hombres que por sus talentos y posicion pueden ejercer grande influencia sobre ella, se olviden tan lastimosamente de cuáles son sus elementos vitales, cuál es el origen de su grandeza y esplendor, cuál la mas firme garantía de su inmenso porvenir. No somos escépticos con respecto á los destinos de la humanidad; la Providencia no ha lanzado al linaje humano sobre la tierra para marchar al acaso, á tientas, sin camino y sin norte; hay en el corazon de la sociedad un anhelo de mejora y de perfeccion, como lo hay en el de todo individuo; pero aberraciones lamentables la apartan del buen sendero, y si adelanta un paso en su carrera, es solo despues de largos sufrimientos, de inmensos rodeos. ¡Miserables decepciones! y los hombres que quizás han contribuido mas á embarrarla y descaminarla, esclaman alborozados: "nosotros somos los promovedores de la civilizacion, los guías del linaje humano; esa civilizacion tan grande, tan viva y floreciente, miradla bien, es nuestra obra." Si, verdad es; la civilizacion europea es grande, es rica, es floreciente, es admirable; pero no por vosotros, sino á pesar

de vosotros; verdaderos niños, que habeis manoseado y forcejado la máquina, que con vuestras imprudencias la habeis destemplado, y que os aplaudís de vuestra habilidad y fuerzas; cuando al tocar ciertos resortes, haceis que funcione con mas celeridad y mas ruido.

Permitido debia sernos al tratar de la civilizacion, indicar brevemente la debilidad de esas escuelas sin convicciones, sin fé, impotentes como la duda; infecundas como planta secada en su raíz, y que sin embargo, se empuñan presuntuosas en dirigir la sociedad, ora apelando á revoluciones estrepitosas, ora invocando principios conservadores, ora poniéndose de por medio como conciliadores officiosos, y aconsejando transacciones insubistentes: porque nosotros tomamos esas escuelas en una grande escala, comprendemos en ella á todas las que no cuidan de establecer sus doctrinas sobre bases sólidas, á todas las que libran la suerte de la sociedad sobre el movedizo cimiento de la razon humana. Poco nos importa que sea la escageracion democrática de Lamennais, ó las pretensiones aristocráticas del protestantismo inglés, el realismo de los protestantes prusianos, ó la escéptica templanza de Guizot.

Pues bien, se nos dirá, ¿á qué escuela perteneceis? ¿Qué principios profesáis? en vuestro concepto ¿qué es la civilizacion? ¿La concebís en un círculo mezquino y apocado, en un horizonte tenebroso, en el sepulcral silencio, en la parálisis de la unidad? No, mil veces no; queremos actividad, queremos desarrollo de las facultades del hombre, queremos movimiento; pero no vago, no convulsivo, no tumultuoso; gústanos una civilizacion variada, rica, pródiga de hermosura como la naturaleza; pero en que haya unidad y concierto, que sin embargar el movimiento, sin impedir el desarrollo, produzcan el bien, la belleza y la armonia.

Para determinar en qué consiste la perfeccion de la sociedad, para conocer cuando los pueblos se civilizan ó no, cuando avanzan ó cuando retroceden, es necesario que tengamos á la vista un tipo ideal si se quiere; pero que nos servirá de punto de comparacion en el escámen, de piedra de toque para fijar los quilates de toda civilizacion. Sin este tipo las ideas divagan, y al recorrer la historia de la humanidad, al escaminar esa muchedumbre inmensa de acontecimientos, esa variedad infinita de hechos de distintos órdenes, de diferentes caracteres, de diversas tendencias, no es fácil encontrar una pauta para apreciarlos y calificarlos en sus relaciones con la civilizacion. Y no es que pretendamos amoldar los hechos al tipo, trastornando la naturaleza de las cosas, y transformando en realidades las creaciones de nuestra fantasia, sino únicamente tenerle presente para graduar en su vista el mérito de los hechos. Ese ti-

po nosotros le concebimos teniendo presentes los monumentos de la historia y las lecciones de la experiencia, la naturaleza del hombre y de la sociedad, y sobre todo, las eternas leyes de orden y de moral impuestas al mundo por su Creador, y las santas máximas de amor y de fraternidad enseñadas al humano linaje por el augusto Fundador del cristianismo. Procuraremos formular nuestro pensamiento con la mayor claridad y concisión; hele aquí: *entonces habrá el máximum de la civilizacion cuando coexistan y se combinen en el mas alto grado, la mayor inteligencia posible en el mayor número posible, la mayor moralidad posible en el mayor número posible, el mayor bienestar posible en el mayor número posible.*

He aquí los elementos que han de entrar por necesidad en la verdadera civilizacion; he aquí la norma para apreciar debidamente cuando los pueblos avanzan ó retroceden; he aquí una luz para explicar singulares fenómenos de la historia, y para augurar con algunas probabilidades de acierto el porvenir de las naciones. Porque es menester no perderlo de vista; esos elementos existen á veces solos, á veces combinados: á veces predomina uno, á veces otro; y la combinacion se hace de tan distintos modos, son tan varias las graduaciones y matices que ofrece su resultado, sucede con tanta frecuencia que el uno gana á espensas de los otros, que es el mas bello campo que presentarse pueda á la observacion y á la filosofia, el seguir en la historia de la humanidad el carácter de esas combinaciones, con sus causas profundas, sus relaciones delicadas, y sus efectos inmensos.

Hemos presentado nuestro pensamiento, y en otro artículo procuraremos desenvolverle y afirmarle, á la luz de la filosofia y con los documentos de la historia; no nos lisonjemos de encontrar en la realidad nada que se aproxime á nuestro bello ideal, porque en esa tierra de infortunio, la realidad es tan triste como el pensamiento kermoso y halagüeño, y el hombre parece un proscrito condenado á embriagarse con sueños dorados, y á despertar en medio de la pesadumbre y la anargura.

### Artículo Segundo.

*Inteligencia, moralidad, bienestar, combinados y generalizados*, dijimos que formaban el bello ideal de la civilizacion; por manera que á este objeto debe siempre encaminarse la sociedad, y con esta regla debe juzgarse de su adelanto ó retroceso. Tan sencilla es esta idea, que pareceria extraño no encontrarla fijada ya por todas partes, si la experiencia no enseñase que el entendimiento humano suele buscar por mil rodeos lo que fácilmente podria encontrar por línea recta. Como quiera, no se podrá negar á nuestro pensamiento la sencillez; y en tal caso podemos recordar aquel célebre dicho que en tres palabras encierra filosofia tan profunda, *sigillum veri simplex*, la sencillez es el carácter de la verdad. Sin embargo, no queremos dejarle sin aclarar y desenvolver á la luz de la filosofia y de la historia; no pretendemos presentarle tan solo en una region elevada y abstracta, obligando á los lectores á mirarle de lejos y como en perspectiva: el ser examinados de cerca solo daña á los pensamientos falsos, no á los verdaderos; el error, por brillante que sea, es una ilusion que se desvanece á medida que el entendimiento se le aproxima; pero la verdad, como es la realidad misma, si es mirada de lejos se la ve oscura y de pequeño tamaño; pero en acercándonos á ella, sus dimensiones crecen, y sus colores se avivan.

*Sin inteligencia no hay civilizacion*; sin que brille en la frente del hombre ese destello divino, sin que cña sus sienas esa bella aureola, esa esplendente diadema que le distingue como á rey de la creacion, no es concebible la perfeccion de la sociedad; falta el manual del bien, falta el título mas hermoso, el mas noble blason, el orgullo del humano linaje. Tan deslumbrador es su brillo, tan fascinadora su influencia, que allí donde le vemos, allí aclamamos la civilizacion; sin pensar en lo que le rodea, sin pararnos en que sea pasajero, en que sea tal vez una antorcha que resplandece en la cima de un edificio en ruina. El grandor de los imperios, su magnificencia y poderío, sus colosales conquistas, su robustez, su duracion al través de largos siglos, no bastan para graungearles el bello título de civilizados, si en ellos no se ha desarrollado la inteligencia, si no se halla embellecida su historia con tan precioso es-

malte. O si no; cómo es que al lado de los inmensos imperios del Asia merezca una atención tan preferente la Grecia, que no es mas en comparacion que un pequenísimo espacio, y que en la misma Grecia, honremos tan particularmente á la Atica, que no es mas que un punto? ¿Sabéis por qué? porque en Grecia, y mayormente en la Atica, vemos el desarrollo de la inteligencia, y en Asia el de la fuerza; vemos en Grecia una centella que fulgura, se agita y pasa, en Asia un coloso sombrío, firme si pero inmóvil, silencioso como una estátua; y tal es el generoso instinto de la humanidad, que en nada estima la duracion, en nada el grandor, cuando faltas de inteligencia, carecen de movimiento, de vida, de luz.

La Roma conquistadora del mundo, la patria de los héroes, la ciudad de las costumbres austeras, era sin duda algo preferible á la Roma de Augusto, que embriagada de placeres empezaba á dormir el voluptuoso sueño precursor de su muerte; sin embargo, en la Roma antigua no vemos la civilizacion; en la de Augusto si; y es que en aquella hay mayor grado de robustez y de fuerza, en esta de inteligencia; sus brazos se enervan, pero su frente se anima; el corazon se corrompe, pero el entendimiento se ilustra; viene la muerte, es verdad, pero es en medio de un brillante festin donde perora la elocuencia, donde cantan los poetas, donde ostenta el arte sus maravillas, donde resplandece la inteligencia con vivísima luz, con hermosísimos colores.

Pero cuanto mayor es el interés inspirado por el desarrollo de la inteligencia, cuanto mas deslumbrante y fascinador es su brillo, tanto mayor cuidado es menester para no cifrar la civilizacion en ella sola; porque es un error grave, gravísimo, el pensar que la sociedad se perfecciona siempre que la inteligencia se desenvuelve. Y cuenta, que de ningun modo tratamos de abogar por la ignorancia; cuenta que no la juzgamos ni saludable á la moralidad, ni conducente al bienestar; y la estraña paradoja sostenida por Rousseau en la Academia de Dijon en contra de las ciencias con respecto á la moral, nos parece muy digna de ser la primera del misántropo, que en su delirio buscaba la virtud y la dicha en medio de las hordas salvages. ¿Por qué habia de ser contrario á la moralidad el desarrollo de la inteligencia? la claridad del entendimiento ¿no ha de contribuir á que se vea la virtud mas hermosa y el vicio mas negro? una sensibilidad mas fina, cual suele acompañar á un espíritu cultivado ¿ha de ser contraria á la virtud, que se halla en tanta armonía con los sentimientos mas delicados del corazon? Los hombres mas grandes ¿fueron acaso grandes criminales? La santidad infinita ¿no es la misma inteligencia infinita? Penetrad en el caos

de esos siglos en que por un conjunto de causas aciagas y de trastornos espantosos, la ignorancia habia tendido sobre Europa su negro velo; y á cada paso tropezareis con el asqueroso vicio revolcándose á sus anchuras en medio de las tinieblas, á cada paso sorprendereis al crimen devorando sus víctimas en la oscuridad de las sombras. Pero renace el saber, y las costumbres se suavizan y se mejoran, todo cambia, todo se regulariza y se perfecciona; el escándalo y el crimen huyen pavorosos al asomo de la antorcha que espasme por do quiera sus claros resplandores, como al rayar la aurora, azorado el criminal busca su guarida, y disipándose la voluptuosa embriaguez de placeres culpables, corre presurosa la debilidad á ocultar su falta y su ignominia.

Si el desenvolvimiento de la inteligencia es saludable á la moralidad, no lo es menos al bienestar; bastando para convencerse de esto una consideracion bien sencilla: el bienestar en la sociedad resulta de la abundancia de medios para satisfacer las necesidades, y estos medios no se obtienen sin la inteligencia. La naturaleza es rica y abundante; pero ha de ser explotada, pues que el hombre puede morir de hambre entre montones de oro. Comparad países con países, tiempos con tiempos, y la verdad resalta tan clara que se hace inútil insistir en probarla.

Prévia estas salvedades, vamos á proseguir nuestra tarea examinando en este artículo algunas de las relaciones de la inteligencia con la civilizacion; sin cuyo trabajo no seria dable comprender lo que nos proponemos decir en los siguientes números.

Para proceder con toda claridad, y no confundir cosas muy distintas dando lugar á equivocaciones de gran monta, es necesario considerar el desarrollo de la inteligencia en dos esferas: una superior, en cuyo espacio se mueven los entendimientos elevados, donde se labran las grandes reputaciones, y en que se elaboran aquellos monumentos, que transmitidos á la posteridad immortalizan la época; otra inferior, pero que comprende un mayor número, que se pone mas en contacto con las pasiones é intereses, que se aproxima mas á los pormenores, y que ejerce sobre las relaciones sociales y sobre la vida del individuo, una influencia mas inmediata, mas directa, mas eficaz. Esta inteligencia, que podríamos llamar de segundo orden, no siempre anda acorde con la primera, no siempre le está subordinada, como á primera vista parece que debería suceder; á veces marchan divergentes, tal vez en direcciones enteramente opuestas. Como juzgamos muy importante esta reflexion, la apoyaremos con hechos.

En el siglo de Luis XIV las altas inteligencias eran religiosas;

habia diferencias de opiniones, de talentos, de miras, pero todo no hacia mas que crear diferentes centros de movimiento en el gran sistema, sin que esto obstase á que se conservara el centro comun donde se hallaba el regulador de todos los movimientos, *la religion*; pero debajo de ese movimiento se descubre otro en sentido muy diferente; nada menos que hácia la *incredulidad*. Por mas que pueda parecer extraño, juzgamos que es muy cierto; mediando dos razones incontestables que concurren á demostrarlo. La una, que podriamos llamar *a priori*, se funda en la brecha que debió de abrir en las creencias religiosas el protestantismo, brecha que no pudo repararse ni con la espulsion, y en la disposición de los espíritus en Alemania, en Inglaterra, y sobre todo, en Holanda; países que estaban en incesante comunicacion con la Francia, y cuyas relaciones no era bastante á romper toda la severidad de la revocacion del *Edicto de Nantes*. Otra razon, que podremos llamar *a posteriori*, es, que luego de muerto Luis XIV, levantó erguida su cabeza la incredulidad; es decir, que no suponiendo que en el siglo de aquel Rey germinaron en abundancia las ideas irreligiosas, no será posible comprender las épocas de la Regencia y de Luis XV.

La misma Francia nos presenta en la actualidad otra prueba del diferente camino que lleva la inteligencia superior y la inferior. En la region de las altas inteligencias cunden ahora las ideas religiosas, ó al menos sociales y conservadoras; y mucho dudamos que lo mismo se verifique en las regiones menos elevadas: posible fuera que esto no se realizase todavía en mucho tiempo, y que las nuevas aristocracias, levantadas sobre las ruinas de las antiguas, y que como es natural trabajan por conservar su puesto, tuviesen que sufrir, andando el tiempo, algunas arremetidas semejantes á la famosa escena del Trinquete, y al ataque de la Bastilla. En las doctrinas y en los hechos hay cierta lógica terrible, que los pueblos comprenden á las mil maravillas.

Pero á pesar de esta divergencia, menester es confesar que la situacion de un país donde esto se verifique es violenta, y que por tanto deberá ser poco duradera. Porque los dos órdenes de inteligencia se tocan en mil puntos, se rozan á cada paso, sus límites mal deslindados se confunden á menudo, y esto, tarde ó temprano, produce uno de dos efectos: ó bien el un órden arrastra el otro y le somete á sus doctrinas, ó bien resultan en la sociedad conflictos y revoluciones. Para hacer palpable esta verdad, no será menester que salgamos de España.

Es indudable que á principios del presente siglo, habian cundido

entre muchos de nuestros mas claros talentos las doctrinas de la escuela del siglo XVIII. Atendidas las circunstancias en que se encontraba la nacion, esas doctrinas no podían penetrar en su seno, debian sobrenadar como sobrenadaron; pero esto no ha impedido que no se hayan derramado por ellas torrentes de sangre, y que todavía despues de 30 años de turbulencias y desastres, no se halle nuestra desgraciada patria en situacion tan angustiosa, no tenga un porvenir tan lóbrego y encapotado, que no es posible fijar la vista en él sin retroceder de espanto.

Hemos presentado estas reflexiones con respecto al desarrollo de la inteligencia, para desvanecer una ilusion que suele ser muy comun, y consiste en que para apreciar el estado de la inteligencia en un país, se toma por barómetro la parte mas esclarecida y brillante; aquella que estiende su fama hasta los países estrangeros, es decir, lo mas selecto en ciencias y literatura. Añádese á esto la creencia, no menos comun, de que la literatura es un espejo donde refleja la sociedad, y he aquí que en viéndose una literatura llena de calor y de vida, fácil es ser llevado á imaginar que la sociedad se halla tambien robusta, floreciente y lozana. Consecuencia plausible, y á primera vista legítima, pero que sin embargo, está desmentida por la historia. Hay en la vida de las sociedades ciertas épocas críticas, en que suele aparecer la inteligencia en todo su esplendor; y, cosa notable, resplandece á veces con insólita y vivísima luz cuando la sociedad en cuyo seno vive y de cuya atmósfera se alimenta, está tocando al borde del sepulcro. Resultado de combinaciones anteriores que le han sido favorables, y de circunstancias pasajeras que la secundan, no espresa la verdadera situacion del país, es postiza, es un adorno mentido, es un magnífico cortinaje que oculta el lecho de un moribundo. Entonces la inteligencia superior es infecunda, no ejerce influencia sobre la sociedad, es un mueble de lujo que al primer golpe se quebranta, y cuyos trozos se arriban conservándose tan solo como preciosas antiguallas. Así con sus raptos sublimes el genio de Platon asiste á la agonía de la Grecia, así canta Virgilio la eternidad de un pueblo que va á perecer; así el brillante coro que rodea el sôlo de Luis XIV, augura duradera gloria al trono de un gran rey, cuyo segundo sucesor habia de morir en un cadalso.

Para comprender completamente el influjo de la inteligencia sobre la civilizacion, conviene ademas observar, que será muy poca su eficacia, si no procura hermanarse con algunos intereses que sean poderosos en la sociedad, ó no estuviere trabada con ideas é instituciones de grande influencia y ascendiente sobre el ánimo de

los pueblos. La inteligencia dirige, pero no ejecuta; es la cabeza que necesita el brazo. Algunas épocas notables de la historia servirán de aclaración y apoyo á esta verdad.

En los siglos medios, cuando todo el saber quedó concentrado en la clase eclesiástica, y particularmente en la regular, cuando solos los clérigos sabían leer y escribir, y los monges, con asiduo trabajo é infatigable perseverancia, transmitían á las generaciones venideras los sucesos que iban ocurriendo, y los restos del antiguo saber, formando los anillos de esa cadena que une á la inteligencia moderna con la antigua, tenía la clase eclesiástica el mayor ascendiente sobre el ánimo de los pueblos; llegando á pasar á sus manos la dirección en todos los negocios. Pero ¿por qué la inteligencia del clero era tan fecunda y poderosa! ¿lo era por sí sola? es bien cierto que no; y á poco que se reflexione se echará de ver que lo debía en gran parte á su íntimo enlace con las ideas religiosas, á la sazón tan prepotentes; que lo debía á su trabazon con instituciones que miradas por los pueblos como descendidas del cielo, eran objeto de una veneración y acatamiento sin límites. Todavía mas; aquella inteligencia se hermanaba admirablemente con todos los intereses de la sociedad, era un gérmen fecundo de establecimientos de beneficencia, de progreso en la legislación, de mejoras administrativas, de organización social en todos los ramos, y los pueblos que aunque ignorantes, no carecían de aquel saludable instinto que jamas abandona á la humanidad, advertían fácilmente que en la inteligencia del clero tenían un inagotable manantial de bienes, y por esto se prestaban dóciles al movimiento y dirección que se les comunicaba. Por estas causas pudo la inteligencia en aquellos tiempos ser tan poderosa, y ejercer en la sociedad una saludable dictadura. Fué poderosa porque era fecunda, y fué fecunda porque siendo su alma la religión, llevaba en su seno el espíritu de vida.

Otra época notable nos ofrecerá un contraste bien singular, será como el reverso de la medalla. ¿Por qué la filosofía del siglo XVIII, la inteligencia estraviada, pudo ejercer tanto influjo sobre la Francia en tiempo de la Regencia y del reinado de Luis XV, y preparar la catástrofe del infortunado Luis XVI? Porque conoció sagazmente su posición, porque vió un gobierno débil y corrompido y una sociedad indignada; y dijo para sí: "ataquemos al gobierno é involucremos con él á todas las instituciones antiguas; halaguemos empero á la sociedad, y constituyéndonos órgano de todas las pasiones, eco de todas las quejas, defensores de todos los intereses no satisfechos, reuniremos en torno nuestro una falange poderoso

sa, que nos servirá por ahora de escudo para defendernos, y luego de ariete para derribar todo lo existente." Así pensó y así obró la inteligencia estraviada, así encontró primero apoyo firmísimo, y en seguida un brazo irresistible: así consumó la Revolución.

El solo recuerdo de la Revolución de Francia, de ese acontecimiento colosal en sí y en sus efectos, nos lleva naturalmente á considerar lo que es la inteligencia separada de la moralidad, lo que la civilización puede prometerse del pensamiento del hombre, cuando no está regulado por los eternos principios de la moral, cuando quiere á toda costa realizar sus concepciones, sin atender á lo que demandan las inmutables verdades sobre que descansa la suerte del individuo, de la familia y de la sociedad. La inteligencia sin moralidad es el ángel caído que lleva herida su frente con el rayo del Eterno, y que en medio de su desesperación, blasfema contra su Criador, lleva en su mano la tea de la discordia, hace temblar la tierra bajo sus plantas, y trastorna y abrasa el universo. Ved ó si no á ese hombre que con torva frente y la mirada encendida, deja caer sobre el papel sus pensamientos terribles; á ese misántropo que medroso de su propia sombra se figura ver á la sociedad que conjurada le persigue; que insulta á la civilización ponderando las ventajas de la vida salvaje; que con su infausto talento hace problemáticas las mas altas verdades; que ora defiende el duelo y el suicidio, ora los condena; que ora pinta con negros colores el adulterio, ora procura protegerle cubriéndole con un velo; que mina el orden social en sus mas hondos cimientos; que lanza sus tiros vibrantes contra todas las instituciones existentes; que no se asusta con la espantosa conflagración que va á provocar, cuando su corazón la presiente y su mente la divisa; este hombre, cuyo libro es el código de la Revolución, mas formidable que vieron los siglos, este es el emblema de la inteligencia sin moralidad; es Juan Jacobo Rousseau.

¿Ay de la sociedad donde se verifica tan sacrilego divorcio! vivirá en la inquietud, se agitará en medio de las revoluciones, y si no conserva en su seno algun gérmen regenerador, su destino será la muerte. ¿Qué hubiera sido de la Francia con el tan decantado saber de sus grandes filósofos, si el genio de Napoleon no la hubiera salvado preservándola de la disolución y estirpando la anarquía? Por cierto que no faltaba la inteligencia en la Asamblea constituyente, en aquella asamblea que contaba un Sieyès y un Mirabeau; ¿pero qué hizo aquella asamblea? derribar, nada mas. Echó por tierra el prestigio del trono, niveló todas las clases, dió rienda suelta á las pasiones, ecasperó los ánimos, estravió las ideas, en-



tronizó la soberanía del pueblo, preparando de esta manera la ruina de la monarquía, el triunfo del Jacobinismo, la guerra civil, la estrangera, el reinado del terror, y todo esto para llegar ¡á donde? á postrarse á los piés de un hombre que diese á la Francia orden, códigos y administracion, mientras que la Francia le daba su sangre y sus tesoros, para levantarle un trono, y ceñir sus sienes con una diadema de gloria. Ya que tanto se pondera la fecundidad de la filosofía, su influencia en la civilizacion, en el adelanto de la sociedad; díganosnos ¿qué ha hecho la Revolucion de Francia, esa hija predilecta de la filosofía, de la inteligencia abandonada á sí misma, sin moral, sin religion, sin ningun enlace con las tradiciones antiguas, en el completo aislamiento á que ella misma se habia condenado, mejor diremos, á que se habia entregado como á un hermoso sueño, como el bello ideal de la humanidad, como el apogeo de su poder, como el mas alto punto de su esplendor y de su gloria? ¿Qué ha hecho, qué es lo que ha creado, que obras son las que ha sustituido á tantas como derribó? Hay en Francia la monarquía, pero no por la Revolucion, sino á pesar de la Revolucion, socavada por la Revolucion, amenazada por la Revolucion; hay en Francia administracion, pero es debida á un hombre; hay en Francia la religion, pero es la que ha podido salvarse en medio de las ruinas del edificio social; hay movimiento industrial y mercantil, pero haylo en Inglaterra y no data de su Revolucion, haylo en Prusia bajo el absolutismo, haylo en Rusia bajo el poder ilimitado del autócrata. ¿Qué es lo que queda á la Revolucion? una cosa, una sola cosa, el haber derribado; obra por cierto grande, magnífica, propia de las tempestades arrasando bosques y campiñas, y sumiendo en el llanto y en la miseria á los pueblos.

Esto sabe hacer la inteligencia sin moralidad, á tanto alcanza su fuerza: disuelve, disipa, destruye, pero no le pidais nada mas; su mision concluye aquí, y se retira luego del teatro de sus hazañas, cediendo el terreno, ó á hombres extraordinarios á quienes envia de vez en cuando la Providencia para la realizacion de grandes destinos, ó á la accion lenta y regeneradora de los antiguos principios, que ocultos en el seno de la sociedad, vuelven á germinar y á florecer, luego que se retira del campo la hoz destructora. Así ha sucedido siempre, y así sucederá: tal es el carácter del espíritu del hombre, tal es el ejemplo de la historia, tal es la ley de la humanidad. La inteligencia del hombre solo es fecunda cuando está subordinada á la inteligencia infinita, cuando obedece á su impulso, cuando es su instrumento; y esto solo se verifica cuando la inteligencia no se aparta de los principios eternos de la moral, cuando es

vivificada por el espíritu de la religion, cuando no tiene el necio orgullo de renovar la guerra de los gigantes escalando el cielo, cuando no tiene la insensatez de atribuirse la fuerza omnipotente de aquel que dijo, *hágase la luz, y la luz fué hecha.*

---

### Artículo Tercero.

---

Decia Newton que sin máximas de sana moral no es mas el saber que un nombre especioso y vano; nosotros llevaremos el pensamiento del célebre naturalista mucho mas allá, afirmando que no solo es inútil, sino tambien nocivo; y que cuando el divorcio de la inteligencia y de la moralidad se reduce á sistema, cuando es no solo en el orden de las acciones, sino tambien en la region de las ideas, cuando no es inmoral precisamente el sábio, sino su sabiduría, entonces ha sonado para la sociedad la hora fatal de sus calamidades, entonces se dislocan sus polos, se rompe su eje, falta todo principio de regularidad y de orden, se hunde en el caos. En el mundo moral hay sus leyes como en el fisico; la inteligencia con su inquietud característica, su agitacion incesante, su actividad inagotable, su variedad infinita, representa el impulso en todas direcciones, el movimiento indefinido, sin regla, sin objeto; pero la moralidad es la ley de gravitacion universal, que todo lo arregla, lo tempera, lo armoniza, constituyendo diferentes centros particulares, que á su vez reconocen otro centro universal, que es Dios.

Nada en el mundo carece de ley, y la inteligencia no puede estar sin ella: esta verdad no quiso reconocerla la filosofía del siglo pasado, tampoco la reconoce lo bastante la filosofía del siglo presente; y por esta causa ni una ni otra conocen á fondo lo que es una religion; por esta causa no comprenden la profunda sabiduría entrafada en el principio de autoridad, base fundamental del Catholicismo; por esta causa desconocen ambas al hombre y á la sociedad, impulsan sin direccion fija, sin tino, proclamando un desarrollo sin regla, un movimiento al acaso, una libertad mil veces espliada, nunca entendida.